

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Volumen 1 – Sermón No. 178

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA NOCHE DEL JUEVES 5 DE NOVIEMBRE DE 1857,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN NEW PARK STREET, SOUTHWARK**

***“¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar
por la carne?”
Gálatas 3:3***

Si, somos tan necios. La necedad está ligada no solo al corazón de un niño, sino incluso al corazón de incluso un hijo de Dios. Y aunque puede decirse que la vara quita la necedad de un niño, se necesitarán muchas repeticiones de la vara de aflicción sobre los hombros de un cristiano, antes de que se le quite la necedad. Supongo que todos somos muy sensatos en cuestión de teoría sobre este punto. Si alguien nos preguntara cómo esperamos que nuestra salvación obre en nosotros, deberíamos, sin la menor vacilación, declarar nuestra creencia de que la salvación proviene únicamente del Señor, y debemos declarar que, así como el Espíritu Santo en primer lugar comenzó la piedad en nosotros, esperamos únicamente su poder para continuar y preservar y finalmente perfeccionar la obra sagrada.

Digo que somos lo suficientemente sólidos en ese punto en lo concerniente a la teoría, pero todos nosotros somos muy heréticos, y poco sólidos en lo concerniente a la práctica. Porque, por desgracia, no encontrarás un cristiano que no tenga que llorar por sus tendencias santurronas. No encontrarás a un creyente que no haya gemido en ciertos períodos de su vida, porque el espíritu de confianza en sí mismo se ha levantado en su corazón y le ha impedido sentir la absoluta necesidad del Espíritu Santo, entonces ha puesto su confianza en la mera fuerza de la naturaleza, la fuerza de las buenas intenciones, la fuerza de las resoluciones firmes, en lugar de confiar únicamente en el poder de Dios el Espíritu Santo.

Una cosa sé, hermanos, que si bien como predicador puedo decirles a todos que el Espíritu Santo debe obrar todas nuestras obras en nosotros y que sin Él no podemos hacer nada, sin embargo, como hombre me siento tentado a negar mis propias predicaciones, no con mis palabras, sino negarlas de hecho, esforzándome en hacer obras sin mirar primero al Espíritu Santo.

Si bien nunca sería erróneo en la parte didáctica del mismo, sin embargo, en la parte que concierne a su realización, en común con todos los que aman al Señor Jesús, pero que todavía están sujetos a las enfermedades de la carne y la sangre, tengo un gemido que repetidamente me encuentro, habiendo comenzado en el Espíritu, buscando ser perfeccionado en la carne. Sí, somos tan tontos como eso. Y, hermanos míos, sí, somos tan necios como esto; y hermanos míos, es bueno para nosotros si tenemos conciencia de que somos necios, porque cuando un hombre es necio y lo sabe, existe la esperanza de que un día será sabio.

Saber uno mismo que es necio es estar a las puertas del templo de la sabiduría, comprender la equivocación de cualquier posición es la mitad del camino para enmendarla. Estar completamente seguros de que nuestra confianza en nosotros mismos es un pecado atroz, y una locura y una ofensa hacia Dios. Tener ese pensamiento grabado en nosotros por el Espíritu Santo de Dios, es hacer un gran esfuerzo para desechar nuestra confianza en nosotros mismos. Esto ayuda a que nuestras almas, tanto en la práctica como en la teoría, dependan totalmente del poder del Espíritu Santo de Dios.

Esta noche, sin embargo, me alejaré un poco de mi texto. Habiéndome esforzado en explicar en unas pocas palabras el significado de toda la oración, solo esta noche pretendo detenerme en la doctrina que incidentalmente nos enseña el Apóstol. Él nos enseña que comenzamos en el Espíritu: "Habiendo comenzado en el Espíritu", ya he ilustrado todo el texto lo suficiente para que lo entendamos, si Dios el Espíritu Santo nos ilumina. Y ahora, digo, me limitaré al pensamiento de que los cristianos comienzan en el Espíritu, que la primera parte del cristianismo es del Espíritu de Dios, y del Espíritu de Dios solamente, mientras que es igualmente cierto que a lo largo de todo el camino, debemos apoyarnos en el mismo poder y depender de la misma fuerza.

Y he seleccionado este texto por este motivo. Podría decir que tenemos una gran afluencia de jóvenes creyentes, mes tras mes, semana tras semana, cada semana recibimos un número considerable de adiciones a la Iglesia, mes tras mes estas manos bautizan en profesión de fe del Señor Jesús, a muchos de los que aún son jóvenes en la fe del Evangelio. Ahora estoy asombrado de encontrar a las personas que así se presentan ante mí tan bien instruidas en las doctrinas de la gracia, y son tan firmes en todas las Verdades del Pacto, tanto que puedo pensar que es mi jactancia y gloria, en el nombre de Jesús, que no creo que tengamos miembros, a quienes hemos recibido en la iglesia, que no den su pleno asentimiento y consentimiento a todas las doctrinas de la religión cristiana, comúnmente llamadas doctrinas calvinistas.

Aquellas de las que es probable que los hombres se rían como puntos doctrinales elevados, son aquellas que más fácilmente reciben, creen y en las que se regocijan. Sin embargo, encuentro que la mayor deficiencia radica en este punto: el olvido de la obra del Espíritu Santo. Los encuentro muy fácilmente recordando la obra de Dios Padre, no niegan la gran doctrina de la elección, pueden ver claramente la gran sentencia de justificación dictada por el Padre sobre los elegidos a través del sacrificio vicario y la justicia perfecta de Jesús, y tampoco son atrasados en entender la obra de Jesús. Pueden ver cómo Cristo fue el Sustituto de Su pueblo y ocupó su lugar, ni por un momento impugnan ninguna doctrina concerniente al Espíritu de Dios, pero no tienen claro el punto, pueden hablar sobre los otros puntos mejor que sobre aquellos que conciernen más particularmente a la bendita obra de esa adorable persona de la Deidad, Dios el Espíritu Santo.

Pensé, por lo tanto, que simplemente predicaría tan simplemente como pudiera sobre la obra del Espíritu Santo, y comenzaría desde el principio; esperando en las noches sucesivas, en diferentes momentos, como Dios el Espíritu Santo me guiará, para entrar más de lleno en el tema de la obra del Espíritu desde el principio hasta el final. Pero déjame decirte que no sirve de nada que esperes que predique una serie de sermones. Conozco un mejor trato que ese. No creo que Dios el Espíritu Santo haya tenido jamás la intención de que los hombres publicaran tres meses antes, listas de sermones que iban a predicar.

Siempre surgirán cambios en la Providencia y diferentes estados de ánimo tanto en el predicador como en el oyente, y será un hombre muy sabio quien tenga un Almanaque de Old Moore lo suficientemente preciso como para hacerle saber cuál sería el mejor tipo de sermón para predicar tres meses antes. Será mejor que deje que su Dios le dé en la misma hora lo que ha de hablar y busque sus sermones, como los israelitas buscaban el maná, día tras día. Sin embargo, ahora comenzamos esforzándonos por narrar los diferentes puntos de la obra del Espíritu en el comienzo de la salvación.

Y primero, permítanme comenzar afirmando que EL COMIENZO DE LA SALVACIÓN VIENE COMO OBRA DEL ESPÍRITU SANTO. La salvación no comienza en el alma por medio de la gracia aparte del Espíritu Santo. Ningún hombre en el mundo tiene la libertad de descuidar los medios que Dios ha designado. Si una casa se construye para la oración, no debe esperar ninguna bendición el hombre que se niega a hollar su piso. Si se erige un púlpito para la ministración de la Palabra, ningún hombre debe esperar (aunque a veces conseguimos más de lo que esperamos) ser salvo excepto por oír la Palabra. Si la Biblia está impresa en nuestro propio idioma nativo y podemos leerla, el que descuida la Sagrada Escritura y se detiene en su estudio, ha perdido una gran y grandiosa oportunidad de ser bendecido.

Hay muchos medios de gracia y hablemos de ellos tan bien como podamos. Estaríamos lejos de depreciarlos, son de altísimo valor. Bienaventurados los que los tienen. Feliz es la nación que es bendecida con los medios de gracia, pero mis hermanos, ningún hombre fue salvo por los medios de la gracia sin el Espíritu Santo. Puede escuchar los sermones del hombre a quien Dios se deleita en honra, puede seleccionar de todos sus teólogos puritanos, los escritos de aquel hombre a quien Dios bendijo con una doble porción de su Espíritu Santo, puede asistir a todas las reuniones de oración, puede pasar las hojas de este bendito Libro; pero en todo esto, no hay vida para el alma fuera del soplo del Espíritu Divino.

Utilice estos medios. Los exhortamos a usarlos y usarlos diligentemente, pero acordaos que en ninguno de estos medios hay nada que os pueda beneficiar a menos que Dios Espíritu Santo los tome y los corone. Estos son como los conductos de la plaza del mercado; cuando el manantial fluye con agua, entonces están llenos y obtenemos una bendición de ellos; pero si el arroyo está represado, si el manantial deja de correr, entonces estos son pozos sin agua, nubes sin lluvia. Y podéis acudir a las ordenanzas como un árabe acude a su odre cuando está seco y con vuestros labios reseca podéis absorber el viento y beber el torbellino, pero no recibir consuelo, ni bendición ni instrucción, de los medios de la gracia.

La salvación de ningún pecador tampoco es iniciada en él por un ministro o por un sacerdote. Dios perdona al hombre que alguna vez se llamó a sí mismo sacerdote, o permitió que cualquier otro lo llamara así desde los días de nuestro Señor Jesús. La otra mañana en la oración familiar leí el caso del rey Uzías, quien, teniendo el oficio real, se metió en el tabernáculo del Señor y tomó el lugar de los sacerdotes. Recuerdas cómo los sacerdotes lo resistieron y dijeron: "Esta no es tu parte, oh Uzías". Y recuerdas cómo tomó el incensario y quemaba incienso como un sacerdote delante del Señor Dios. Y mientras aún hablaban, he aquí, la lepra subió a su rostro y salió leproso, blanco como la nieve, de la casa de Dios.

Ah, hermanos míos, no es una ofensa menor contra Dios que un hombre se llame a sí mismo sacerdote, recuerda que todos los santos tienen oficio sacerdotal por medio de Cristo Jesús, pero cuando alguno cree tener privilegios especiales más que sus compañeros, y pretende ser sacerdote entre los hombres, comete pecado delante de Dios, el cual, aunque sea pecado de ignorancia, es ciertamente grande y grave, y conduce a varios errores grandes y mortales, cuya culpa debe recaer en parte sobre la cabeza del hombre que dio pie a esos errores al permitir que el título se aplicara a sí mismo.

Bueno, no hay hombre, llámalo sacerdote si quieres, por mala cortesía, que pueda comenzar el trabajo con nosotros, no, no en el uso de la ceremonia. El papista puede decirnos y el papista enmascarado, el diablo de blanco, el puseyita, puede decirnos que la gracia comienza en el corazón cuando el agua cae sobre la frente del niño.

Pero él dice una mentira, una mentira ante Dios, que no tiene ni siquiera la sombra de la verdad para justificar al mentiroso. No hay poder en el hombre, aunque haya sido ordenado por alguien que pudiera reclamar con toda certeza la sucesión de los Apóstoles, aunque estuviera dotado de dones milagrosos, aunque fuera el mismo Apóstol Pablo, si afirmara que tenía en sí mismo poder para convertir, poder para regenerar, ¡sea anatema! Ha negado la verdad y el mismo Pablo lo habría declarado anatema, por haberse apartado del Evangelio eterno, cuyo punto cardinal es la regeneración, la obra de Dios Espíritu Santo; el nuevo nacimiento, cosa que es de arriba.

Y, hermanos míos, es bastante cierto que ningún hombre comienza nunca el nuevo nacimiento por sí mismo. La obra de salvación nunca fue comenzada por ningún hombre, Dios el Espíritu Santo debe comenzarla. Ahora bien, las razones por las que ningún hombre jamás comenzó la obra de la gracia en su propio corazón son muy claras y palpables. Primero, porque no puede. En segundo lugar, porque no lo hará. La mejor razón de todas es que no puede: está muerto. Bueno, los muertos pueden revivir, pero los muertos no pueden revivirse a sí mismos, porque los muertos no pueden hacer nada. Además, lo nuevo que se va a crear todavía no tiene ser. Lo increado no puede crear.

“No”, pero tú dices, “el hombre puede crear”. Si puede el infierno crear el cielo, entonces el pecado puede crear la gracia. ¿Qué? ¿Me dirás que la naturaleza humana caída que ha llegado casi al nivel de las bestias es competente para rivalizar con Dios? ¿Qué? ¿Puede emular a la Divinidad obrando con grandes maravillas e impartiendo una vida tan Divina como la que Dios mismo puede dar? No puede. Además, es una creación. Somos creados de nuevo en Cristo Jesús, que cualquier hombre cree una mosca y luego que cree un nuevo corazón en sí mismo. Hasta que haya hecho lo menos, no puede hacer lo más grande.

Además, ningún hombre lo hará. Si algún hombre pudiera convertirse a sí mismo, no hay hombre que lo haría, si alguno dice que lo haría, si eso es cierto, ya está convertido. Porque la voluntad de convertirse es en gran parte conversión. La voluntad de amar a Dios, el deseo de estar al unísono con Cristo, no se encuentra en ningún hombre que no haya sido ya reconciliado con Dios por la muerte de su Hijo. Puede haber un deseo falso, un deseo basado en una tergiversación de la verdad, pero un verdadero deseo por la verdadera salvación, por el verdadero Espíritu, es un cierto indicativo de que la salvación ya está allí en germen y en capullo y solo necesita tiempo y gracia para desarrollarse. Pero es cierto que el hombre no puede ni quiere, siendo por un lado completamente impotente y muerto y por otro lado completamente depravado y sin querer, odiando el cambio cuando lo ve en otros y sobre todo despreciándolo en sí mismo. Estad seguros, por lo tanto, de que Dios el Espíritu Santo debe comenzar, ya que nadie más puede hacerlo.

Y ahora, hermanos míos, debo entrar en el tema muy brevemente, mostrando lo que el Espíritu Santo hace al principio. Permítanme decir que, al describir la obra, la verdadera obra de salvación en el alma, no deben esperar que yo exhiba ninguna sutileza crítica de juicio. Hemos oído hablar de una asamblea de teólogos, que una vez debatieron si los hombres se arrepentían primero o creían primero; y después de una larga discusión, alguien más sabio que los demás sugirió otra pregunta, si en el niño recién nacido los pulmones primero funcionaron o la sangre circuló primero. "Ahora", dijo él, "cuando determines uno, podrás determinar el otro". No sabrás cuál viene primero. Son, muy probablemente, creados en nosotros en el mismo momento. No podemos, cuando mencionamos estas cosas en un orden, exactamente declarar y testificar que todo esto sucede de acuerdo con el orden en que las mencionamos. Pero nosotros solamente, según el juicio de los hombres, según nuestra propia experiencia, buscamos ahora exponer cuál es la forma habitual de actuar de Dios el Espíritu Santo en la obra de salvación.

Entonces, lo primero que Dios el Espíritu Santo hace en el alma es regenerarla. Siempre debemos aprender a distinguir entre regeneración y conversión. Un hombre puede convertirse muchas veces en su vida, pero regenerarse una sola vez. La conversión es algo que viene por la regeneración, pero la regeneración es el primer acto de Dios el Espíritu en el alma. "¿Qué?" dices: "¿Viene la regeneración antes de la convicción de pecado?" Seguramente. No podía haber convicción en el pecador muerto. Ahora, la regeneración vivifica al pecador, le da vida. No está capacitado para que se opere en él una verdadera convicción espiritual hasta que, antes que nada, haya recibido la vida.

Es cierto que uno de los primeros acontecimientos de la vida es la convicción de pecado, pero antes de que cualquier hombre pueda ver su necesidad de un Salvador, debe ser un hombre vivo. Antes de que pueda realmente, quiero decir, en una posición espiritual, de una manera salvadora y eficaz, comprender su propia y profunda depravación, debe tener ojos para ver la depravación, debe tener oídos para escuchar la sentencia de la Ley, debe haber sido vivificado y hecho vivo; de lo contrario, no sería capaz de sentir, ver o discernir en absoluto. Creo, entonces, que lo primero que hace el Espíritu es esto: encuentra al pecador muerto en el pecado, justo donde lo dejó Adán. Infunde en él una influencia divina. El pecador no sabe nada de cómo se hace, ni ninguno de nosotros lo comprende. "No entiendes el viento, sopla donde quiere", pero vemos sus efectos.

Ahora bien, ninguno de nosotros puede decir cómo obra el Espíritu Santo en los hombres. No dudo que ha habido algunos que se han sentado en estos bancos y en medio de un sermón o en oración, o cantando, no sabían cómo fue, el Espíritu de Dios estaba en sus corazones, Él había entrado en sus almas. Ya no estaban muertos en el pecado, ya no estaban sin creer, sin esperanza, sin capacidad espiritual, habían comenzado a vivir.

Y creo que esta obra de regeneración, cuando se hace de manera efectiva, y Dios el Espíritu no la haría sin hacerlo de manera efectiva, se hace de manera misteriosa, a menudo repentinamente y se hace de muchas maneras, pero aun así siempre tiene esta marca: que el hombre, aunque no entienda cómo se hace, siente que algo se hace. El qué, el cómo, no lo sabe, pero él sabe que algo está hecho, y ahora comienza a tener pensamientos que nunca concibió antes, empieza a sentir como nunca antes había sentido, es llevado a un nuevo estado, se produce un cambio en él, como si un poste muerto parado en la calle de repente se encontrara poseído por un alma y oyera el sonido de los carruajes que pasan y escuchara las palabras de los transeúntes; hay algo bastante nuevo al respecto.

El hecho es que el hombre tiene un Espíritu, nunca antes había tenido uno. No era más que un cuerpo y un alma, pero ahora, Dios le ha infundido el tercer gran principio, la nueva vida, el Espíritu y se ha convertido en un hombre espiritual. Ahora no sólo es capaz de ejercitarse mentalmente, sino también de ejercitarse espiritualmente. Teniendo un alma antes, podía arrepentirse, podía creer como un mero ejercicio mental, podía pensar en Dios y tener después algunos deseos de Él, pero no podía tener un pensamiento espiritual, ni un anhelo o deseo espiritual, porque no tenía poderes que pudieran inducir estas cosas, pero ahora, en la regeneración, se le ha dado algo y, al serle dado, pronto verá sus efectos.

El hombre comienza a sentir que es un pecador. ¿Por qué no sintió eso antes? Ah, hermanos míos, no podía, no estaba en condiciones de sentir, era un pecador muerto. Y aunque te decía y le decía a Dios, a modo de cumplido, que era un pecador, no sabía nada de eso. Dijo que era un pecador, sí, pero habló de ser un pecador como el ciego habla de las estrellas que nunca ha visto, como habla de la luz, cuya existencia no conocería a menos que se la dijeran, pero ahora es una realidad profunda. Podéis reiros de él, vosotros que no habéis sido regenerados, pero ahora tiene algo que realmente lo pone más allá de tu risa. Comienza a sentir el peso excesivo y la maldad de la transgresión, su corazón tiembla, su misma carne se estremece; en algunos casos, todo el cuerpo se ve afectado.

El hombre está enfermo de día y de noche. Se le ponen los pelos de punta por el miedo, no puede comer, le falta el apetito; no puede soportar el sonido de la melodía y la alegría. Todos sus espíritus animales están agotados. No puede regocijarse; él es infeliz, está desdichado, abatido, angustiado; en algunos casos, casi a punto de volverse loco; aunque en la mayoría de los casos toma una fase más ligera, y están los suaves susurros del Espíritu; pero incluso entonces, las angustias y los dolores causados por la regeneración, mientras la nueva vida descubre el pecado y la maldad de la condición pasada del hombre, son cosas que no deben ser bien descritas ni mencionadas sin lágrimas. Todo esto es obra del Espíritu.

Y habiendo llevado el alma hasta aquí, lo siguiente que hace el Espíritu Santo es enseñarle al alma que es completamente incapaz de salvarse a sí misma. Eso lo sabía antes, tal vez, si el hombre estaba bajo un ministerio evangélico, pero solo lo sabía con el oído y lo entendía con la mente, ahora, se ha convertido en parte de su propia vida. Lo siente, ha entrado en su alma y sabe que es verdad. Una vez pensó que sería bueno y pensó que eso lo salvaría. El Espíritu Santo simplemente quita esos pensamientos de la mente. "Entonces", dice, "intentaré las ceremonias y veré si puedo obtener méritos así". Dios el Espíritu Santo dispara la flecha justo en el corazón de ese pensamiento y cae muerto ante él; él no puede soportar la vista del cadáver, de modo que, como dijo Abraham de Sara, exclama: "Sepultad a los muertos delante de mí". Aunque una vez lo amó mucho, ahora odia verlo.

Una vez pensó que podía creer. Tenía una noción arminiana en su cabeza de que podía creer cuando quisiera y arrepentirse cuando quisiera. Ahora, Dios el Espíritu lo ha puesto en tal condición que dice: "No puedo hacer nada". Comienza a descubrir su propia muerte, ahora que está vivo. No sabía nada al respecto antes. Ahora descubre que no tiene una mano de fe que levantar, aunque el ministro le dice que lo haga. Ahora descubre, cuando se le pide que ore, que lo haría, pero que no puede orar. Ahora descubre que es impotente y yace en la mano de Dios como el barro en la mano del alfarero y se ve obligado a clamar: "Oh Señor, mi Dios, a menos que me salves, estoy condenado por toda la eternidad, porque no puedo mover un dedo en este asunto hasta que Tú primero me des fuerzas".

Y si lo instas a hacer cualquier cosa que anhela hacer, tiene tanto miedo de que solo sean hechos carnales y no los hechos del Espíritu lo que medita y se detiene hasta que gime y llora. Y sintiendo que estos gemidos y llantos son la verdadera obra del Espíritu y prueban que tiene vida espiritual, entonces comienza a mirar con sinceridad a Jesucristo el Salvador, pero fíjate, todas estas cosas son por el Espíritu, y ninguna de ellas puede jamás ser producida en el alma de ningún hombre o mujer, aparte de la influencia Divina de Dios el Espíritu Santo.

Hecho esto, el alma ahora destetada de toda confianza, y desesperada y llevada a su último lugar de pie, sí, postrada en tierra, con la soga alrededor de su cuello, y las cenizas y el cilicio sobre su cabeza; Dios Espíritu Santo aplica luego en el alma la sangre de Jesús, le da al alma la gracia de la fe con que echa mano de Jesús, y le da la unción de santo consuelo y unción de seguridad, con la cual, arrojándose enteramente sobre el sangre y justicia de Jesús, recibe gozo, se sabe salvado y se goza en el perdón. Pero fíjate, esa es la obra del Espíritu. Algunos predicadores le dirán a su gente: "Cree, solo cree".

Sí, es correcto que se lo digan, pero deben recordar que también es correcto decirles que incluso esto debe ser obra del Espíritu. Porque, aunque decimos: "Solo cree", ese es el "solo" más grande del mundo.

Y lo que algunos hombres dicen que es tan fácil es justo lo que aquellos que quieren creer encuentran que es la cosa más difícil del mundo. Es bastante simple para un hombre que tiene el Espíritu en él creer cuando tiene la Palabra escrita delante de él y el testimonio del Espíritu en él, eso es bastante fácil. Pero para el pobre pecador probado, que no puede ver nada en la Palabra de Dios sino truenos y amenazas, para que él crea, ah, mis hermanos, no es un asunto tan pequeño como algunos hacen que sea, se necesita la plenitud del poder del Espíritu de Dios para llevar a cualquier hombre a una fe como esa.

Bueno, cuando el pecador ha creído así, entonces el Espíritu Santo le trae todas las cosas preciosas. Ahí está la sangre de Jesús. Eso nunca puede salvar mi alma a menos que Dios el Espíritu tome esa sangre y la rocíe sobre mi conciencia. Existe la justicia perfecta e inmaculada de Jesús. Es una túnica que me quedará bien y me adornará de la cabeza a los pies, pero no me servirá de nada hasta que me la ponga, y no puedo ponérmela, Dios el Espíritu Santo debe ponerme el manto de la justicia de Jesús. Existe el Pacto de Adopción por el cual Dios me da los privilegios de un hijo, pero no puedo regocijarme en mi adopción hasta que reciba el Espíritu de adopción por el cual pueda clamar: "Abba, Padre".

Entonces, amado, ves, podría extenderme, pero mi tiempo se me acaba, ves que cada punto que se pone de manifiesto en la experiencia del cristiano recién nacido, cada punto en esa parte de la salvación que podemos llamar el comienzo en su alma tiene que ver con Dios el Espíritu Santo. No hay paso que se pueda dar sin Él. No hay nada que pueda lograrse correctamente sin Él. Sí, aunque tuvieran los mejores medios, la más correcta de las ceremonias, la más ortodoxa de las verdades y aunque ejercitaran sus mentes en todas estas cosas, y aunque la sangre de Jesucristo fuera derramada por ustedes y Dios mismo los hubiera ordenado desde antes de la fundación del mundo para ser salvos, pero todavía debe haber ese único eslabón siempre insertado en la cadena de oro del plan de salvación, porque sin eso todo estaría incompleto. Debes ser vivificado por el Espíritu, debes ser llamado de las tinieblas a la luz, debes ser hecho una nueva criatura en Cristo Jesús.

Ahora, me pregunto cuántos de ustedes saben algo sobre esto. Esa es la parte práctica. Ahora, mi oyente, ¿entiendes esto? Quizás, señor, usted es una persona extremadamente sabia, y da media vuelta con desdén, y dice: "Sobrenaturalismo en una de sus fases; estos metodistas siempre están hablando de cosas sobrenaturales". Eres muy sabio, en exceso, sin duda, pero me parece que el Nicodemo de antaño había llegado tan lejos como tú y no has llegado más lejos que él, porque preguntó: "¿Cómo puede un hombre nacer de nuevo siendo viejo?"

Y aunque todos los niños de la escuela dominical han tenido una sonrisa a expensas de la ignorancia de Nicodemo, no eres más sabio. Y, sin embargo, usted es un rabino, señor, y nos enseñaría, ¿verdad? ¿Y nos enseñarías sobre estas cosas y, sin embargo, te burlas del sobrenaturalismo? Bueno, puede llegar el día, oro para que llegue a ustedes antes del día de su muerte y de su perdición, cuando el Cristo de los sobrenaturalistas, sea el único Cristo para ustedes. Cuando llegues a las inundaciones de la muerte, donde necesitarás algo más que la naturaleza, entonces estarás clamando por una obra sobrenatural dentro de tu corazón. Y puede ser que entonces, cuando te despiertes por primera vez para saber que tu sabiduría no era más que uno de los métodos de la locura, tal vez tengas que llorar en vano, teniendo como única respuesta: "Por cuanto llamé, y no quisisteis oír, extendí mi mano, y no hubo quien atendiese. También yo me reiré en vuestra calamidad, Y me burlaré cuando os viniere lo que teméis".

Oigo a otro de ustedes decir: "Bueno, señor, no sé nada de esta obra de Dios el Espíritu Santo en mi corazón. Soy tan bueno como otras personas, nunca hago profesión de religión. Es muy raro que vaya a un lugar de culto, pero soy tan bueno como los santos, como cualquiera de ellos. Mire a algunos de ellos, muy buenos compañeros, sin duda". Detente, ahora, la religión es una cosa entre tú y tu Hacedor y no tienes nada que ver con esos excelentes tipos de los que has hablado. Supongamos que hago una confesión de que un gran número de los que se llaman santos merecen mucho más ser llamados pecadores doblemente teñidos y luego blanqueados, supongamos que hago una confesión de eso, ¿qué tiene eso que ver contigo?

Tu religión debe ser para ti y debe ser entre tú y tu Dios. Si todo el mundo fuera hipócrita eso no os exoneraría ante vuestro Dios. Cuando te presentaras ante el Maestro, si todavía estuvieras enemistado con él, ¿te atreverías a alegar una excusa como esta: "Todo el mundo estaba lleno de hipócritas"? "Bueno", diría, "¿qué tiene eso que ver contigo? Con mayor razón deberías haber sido un hombre honesto. Si dices que la Iglesia se estaba hundiendo en arenas movedizas debido a la mala conducta y la insensatez de sus miembros, con mayor razón deberías haber ayudado a hacerlo bien, si pensabas que podías haberlo hecho".

Otro clama: "Bueno, no veo que lo necesite. Soy todo lo moral que puede ser un hombre. Nunca quebranto el día de reposo, soy uno de los cristianos más meticulosos: siempre voy a la iglesia dos veces un día de reposo. Escucho a un ministro completamente evangélico y no le encontrarías ningún defecto". O tal vez dice otro: "Voy a una Capilla Bautista, siempre me encuentran allí, soy escrupulosamente correcto en mi conducta. Soy un buen padre, un buen esposo. No sé si algún hombre puede encontrarme fallas en los negocios". Bueno, ciertamente eso es muy bueno y si eres tan bueno mañana por la mañana como para ir a San Pablo y lavar una de esas estatuas hasta que le des vida, entonces serás salvado por tu moralidad.

Pero ya que tú, incluso tú, estás muerto en tus delitos y pecados, sin el Espíritu puedes lavarte hasta estar muy limpio, pero no puedes lavar la vida en ti, más que esas estatuas. Con todo tu lavado, esos ídolos nunca podrían caminar, pensar o respirar. Debes ser vivificado por el Espíritu Santo, porque estás muerto en tus delitos y pecados.

Sí, mi hermosa jovencita, tú que eres todo excelente, tú que no eres culpable de nada, tú que eres afectuosa, tierna, amable y obediente, cuya misma vida parece ser tan pura que todos los que te ven piensan que eres un ángel. Incluso tú, a menos que nazcas de nuevo, no puedes ver el reino de Dios. La puerta de oro del cielo debe rechinar en sus bisagras con un triste sonido y dejarlos fuera para siempre, a menos que sean objeto de un cambio divino, porque esto no conoce excepción. Y, oh tú, el más vil de los viles, tú que más te has alejado de los caminos de la rectitud, "debes nacer de nuevo", debes ser vivificado por una vida divina; y os consuela recordar que el mismo poder que puede vivificar al hombre moral, que puede salvar al hombre de rectitud y honradez, es capaz de obrar en vosotros, es capaz de cambiarlos; convertir el león en cordero, el cuervo en paloma.

Oh, mis oyentes, pregúntense: ¿son ustedes los sujetos de este cambio? Y si lo eres, regocíjate con un gozo inefable, porque feliz es el hijo de aquella madre y lleno de gloria que puede decir: "Soy nacido de Dios". Bienaventurado el hombre: Dios y los santos ángeles llaman bienaventurado al que ha recibido la vivificación del Espíritu y ha nacido de Dios, para él puede haber muchos problemas, pero hay "un peso de gloria mucho más excelente y eterno" para contrarrestar todo su dolor. Para él puede haber guerras y peleas, pero que se queden, hay trompetas de victoria, hay mejores coronas que los laureles de los vencedores. Hay una corona de gloria inmortal, hay bienaventuranza inmarcesible, hay aceptación en el seno de Dios para siempre y comunión perpetua con Jehová. Pero ¡ay! si no has nacido de nuevo esta noche, no puedo más que temblar por ti, y elevar mi corazón en oración a Dios, y orar por ti, para que Él pueda ahora, por su Espíritu Divino, darte vida, darte a conocer tu necesidad de él, y luego dirigirte a la cruz de Jesús.

Pero si conoces tu necesidad de un Salvador esta noche, si estás esta noche consciente de tu muerte en el pecado, escúchame predicar el Evangelio y lo he hecho. El Señor Jesucristo murió por ti. ¿Sabes que eres culpable? No como el hipócrita finge saberlo, sino ¿lo conoces conscientemente, sensiblemente? ¿Lloras por ello? ¿Lo lamentas? ¿Sientes que no puedes salvarte a ti mismo? ¿Estás harto de todas las formas carnales de salvación? ¿Puedes decir esta noche: "¿A menos que Dios extienda la mano de Su misericordia, sé que merezco estar perdido para siempre y lo estoy?"

Entonces, como vive el Señor mi Dios, en cuya presencia estoy, mi Maestro os compró con Su sangre y a los que compró con sangre Él los tendrá. De los colmillos del león y de las fauces del oso los arrancará. Él te salvará, porque eres parte de Su compra con sangre. Él ha tomado tus pecados sobre Su cabeza. Él sufrió en tu lugar. Ha sido castigado por ti. No morirás: "Tus pecados, que son muchos, son todos perdonados". Y yo soy el alegre heraldo del Maestro para decirles esta noche lo que también les dice Su Palabra, para que puedan regocijarse en la plenitud de la fe, porque "Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores", y "palabra fiel y digna de ser recibida por todos". Que el Señor se complazca ahora en añadir su bendición por causa de Jesús.

EstudiaLaPalabra.org